

Desde aquel dia, los cortesanos, que anhelaban medrar y ver satisfecha su ambicion bajo el gobierno del débil Emperador, y que estaban disgustados de la firmeza y prudencia de Adelaida, encendieron la tea de la discordia entre esta virtuosa mujer y su hijo; la Emperatriz le ayudaba en esta triste empresa y el nacimiento del principe Oton que aquella dió á luz por entónces, acabo de afirmar su poder en el ánimo del débil Emperador.

Empezó para Adelaida una existencia llena de soledad y de tristeza; todos huian de su lado como del de una persona aborrecida y reprobada; abrumábanla á desaires, y aunque ella oponia á todos una indiferencia llena de dignidad, éstos se hacian tan repetidos, que ultrajaban de un modo irresistible su decoro de Princesa y de mujer.

Adelaida, á pesar de su fortaleza, sucumbió al rigor de sus pesares y cayó peligrosamente enferma; su hijo el Emperador, que no iba á visitarla á sus aposentos desde su conversacion con Teofania en el

Desde aquel dia, los cortesanos, que anhelaban medrar y ver satisfecha su ambicion bajo el gobierno del débil Emperador, y que estaban disgustados de la firmeza y prudencia de Adelaida, encendieron la tea de la discordia entre esta virtuosa mujer y su hijo; la Emperatriz le ayudaba en esta triste empresa y el nacimiento del principe Oton que aquella dió á luz por entónces, acabo de afirmar su poder en el ánimo del débil Emperador.

Empezó para Adelaida una existencia llena de soledad y de tristeza; todos huian de su lado como del de una persona aborrecida y reprobada; abrumábanla á desaires, y aunque ella oponia á todos una indiferencia llena de dignidad, éstos se hacian tan repetidos, que ultrajaban de un modo irresistible su decoro de Princesa y de mujer.

Adelaida, á pesar de su fortaleza, sucumbió al rigor de sus pesares y cayó peligrosamente enferma; su hijo el Emperador, que no iba á visitarla á sus aposentos desde su conversacion con Teofania en el

jardin, no fué tampoco entónces á infomarse de su salud, y esta conducta acabó de traspasar el corazon de su madre, que le amaba con la mayor ternura.

La vida de la desgraciada Princesa llegó á correr el más grave peligro; pero Dios y las caricias de sus dos hijos menores, Enrique y Adelaida, consiguieron aliviarla algun tanto.

Una mañana hizo llamar á su hijo; hacia sólo dos dias que dejaba el lecho y estaba tan pálida y quebrantada, que Oton se sobrecogió al verla.

—Hijo mio, dijo la Emperatriz con la calma y dulzura que jamás la abandonaban; te he llamado porque yo no podia llegar hasta tus habitaciones y deseaba despedirme de tí.

—¡Despediros, madre mia! exclamó Oton con sobresalto. ¿A dónde vais, pues?

—Me retiro al lado de mi hermano Conrado y me llevo á tus hermanos.

—¡Y qué! ¿Huís de mí? exclamó el Emperador. ¿Os separais de mi lado?

—Ya no te hago falta, hijo mio; eres esposo y padre; eres dichoso y amado de tus vasallos; por mi parte, no quiero ser causa de discordias; he perdido el amor de los que fueron súbditos de tu padre, de los que hoy lo son tuyos, y deseo el reposo y la tranquilidad.

El Emperador, avergonzado y confuso, no supo qué responder; pero como el hombre es más justo

cuando se vé más humillado, hizo un esfuerzo sobre sí mismo y respondió:

—Haced vuestro gusto, señora.

—Adios, pues, exclamó la Emperatriz abrazando á su hijo, que recibió con frialdad aquella triste caricia; ¡adios, hijo mio, y quiera el cielo hacerte dichoso!

Oton salió silencioso y sombrío.

Sólo la religion pudo sostener á Adelaida en aquella dura prueba; la desesperacion invadió su alma con densas tinieblas, pero se acordó de aquel divino precepto de Jesús que dice á los cristianos: «El que me ame, tome su cruz y sígame.»

La cruz de aquella santa mujer era por entónces la ingratitud de su hijo y su culpable desamor.

Al dia siguiente, partió con Enrique y Adelaida para la Borgoña, su pátria, gobernada entónces por Conrado, su hermano mayor.

La Emperatriz y sus hijos fueron acogidos por todo el tránsito con grandes festejos y muestras de alegría.

La Emperatriz se sintió dichosa al volver á ver aquellos bosques frondosos que habian presenciado los dias felices de su infancia; aquellas risueñas aldeas, aquellos sencillos campesinos; Conrado y Matilde, su esposa salieron á recibirla á gran distancia y la llenaron de caricias y consuelos.

El viaje de la Emperatriz, hasta llegar á la córte

de su hermano, fué un continuado triunfo. Salían de las aldeas á victorearla, los castillos le brindaban descanso y la escoltaba una lucida guardia de toda la nobleza del país.

Estas demostraciones de cariño prosiguieron durante largo tiempo. La Borgoña parecía haberse vestido de fiesta y al mismo tiempo un denso luto cubría á la Alemania como un fúnebre sudario. Todos echaban de ménos á Adelaida, sus beneficios, sus limosnas, su grata presencia, dulce y consoladora como un rayo de sol.

Matilde, esposa de Conrado, era una de las más bellas y virtuosas Princesas de su tiempo. Conocía y apreciaba á Adelaida en su justo valor y se tuvo por dichosa en que fuese á residir á su lado y al de su esposo.

Adelaida, tranquila y procurando dar al olvido la enorme ingratitud de su primogénito, se dedicó á hacer todo el bien que le era posible y á educar á sus dos hijos, que la acompañaban en sus piadosas y escursiones.

Teofrasto, su anciano tutor, habia muerto ya. Adelaida, acompañada de su hija, fué á visitar el castillo que habia habitado en su compañía ántes de unirse á Lotario, su primer esposo, y los buenos campesinos, ya viejos, creían rejuvenecerse y hallar en la niña Adelaida á aquella misma doncella que habia vivido con ellos en otro tiempo; la hija les

recordaba á la madre cuando era para ellos un ángel de paz y de consuelo.

La Princesa, guiada por su madre, hacia todo lo que ésta habia hecho; visitaba á los enfermos, enseñaba á rezar á los niños y distribuía pequeñas sumas de dinero entre los necesitados.

Aquella vida apacible fué interrumpida por la llegada de un emisario del Emperador que traía una carta para su madre.

La Emperatriz le recibió sin dilacion, y leyó la misiva, que decia así:

«Un año hace, madre mia, que os habeis separado de mí y habeis salido de mis Estados, y éstos no han visto en tan largo espacio de tiempo ni un sólo día de contento; todos os llaman, todos anhelan vuestra presencia; una consternacion general aflige á mi reino, y en tanto la feliz Borgoña os posee. ¡Bastante me castiga el pensamiento de mi ingratitud para con vos! ¿Sereis tan grande, señora, que la olvidesi, y volvais á los brazos del hijo arrepentido? ¡Si así fuese, me consideraria el más dichoso de los mortales, aunque el más indigno de serlo...!»

«Yo iré á buscaros, madre mia, si consentis en habitar de nuevo este palacio que, sin vos, parece una tumba; os traeré en triunfo, y Teofanía será la primera en daros todas las muestras del respeto que se os debe por vuestras virtudes y vuestra ilustre jerarquía; ella es ambiciosa porque es madre; pero sa-

«be ya cuánta falta haceis á nuestro lado y que sois indispensable para mi felicidad y la de mis pueblos.»

Adelaida leyó esta carta derramando lágrimas de gozo; luego que la terminó, contestóla de esta suerte.

«Hijo mio; vuestra carta me ha llenado de alegría; yo tambien sufria lejos de vos todos los tormentos de la ausencia, y soy dichosa al ver que vos y vuestra esposa me echais de ménos; iré muy pronto para veros y para abrazar á mi querido nieto Oton; pero no abandonéis, para honrarme viniendo á buscarme, vuestros Estados; yo iré acompañada de vuestros hermanos que no se han separado de mí ni lo harán nunca; ellos han sido todo mi consuelo en tanto que la suerte me ha tenido separada de vos; y por ellos me alegro tambien aún más que por mí de volver á vuestro lado.

«Abrazad, en nombre mio, á mi querida hija Teofanía hasta que yo pueda hacerlo, lo mismo que á vos.»

—Decid al Emperador que os sigo muy pronto, y dijo Adelaida al emisario.

—Y qué, hermana mia! ¿Nos dejais? exclamó Matilde con dolor.

—¿Vais otra vez á sufrir las demasías de la Emperatriz, hermana mia? añadió Conrado con acento ofendido.

—Sí, respondió Adelaida; el recuerdo de mi hijo

no se aparta un instante de mí; ¡me necesita! ¿Qué más puedo esperar para volar á su lado?

—Hermana, repuso Conrado con tristeza; si fuera la ambicion lo que te llamara á la corte de Oton, si anhelaras grandezas, galas, homenajes, entonces compadeceria ménos tu ceguedad; pero sé que de la corona sólo han de tocarle las espinas que te hieran y no los brillantes que deslumbran; sé que han de volver á herirte esos abrojos de la ingratitud; ¿has olvidado ya lo que es Teofanía?

—No, repuso la Emperatriz con su angelical mansedumbre; es una niña muy bella á la que todos adulan, á la que todos cubren de flores el camino del mal, pero á la que nadie muestra el de la virtud.

—¿Y quieres tú tomar sobre tí la árdua, la dura tarea de mostrárselo?

—Creo que ese es mi deber.

—¿Has olvidado ya todas las penas que su índole áspera y ambiciosa te ha ocasionado?

—Sólo recuerdo que es la esposa de mi hijo, y la madre de mi nieto.

—Hermana mia, dijo Matilde; admiro tu virtud y tu fortaleza aunque no la apruebe; pero no olvides que, si algun dia te falta un asilo, aquí le hallarás siempre.

—Hé aquí, dijo Conrado; otra carta que el Emperador tu hijo me habia dirigido ya hace días; en ella me ruega que interceda contigo para que le perdones.

—¡Y no me la has enseñado! exclamó tristemente Adelada; ¿que habrás pensado de mí?

—No creía yo digno de perdon á ese hijo ingrato; dijo Conrado, ni creía que jamás olvidases sus faltas.

—¿Pues á quién no alcanza el espléndido manto del perdon? exclamó la Emperatriz; ¿Dios, para perdonarnos, no nos manda á nuestra vez perdonar? ¡Y qué madre conserva resentimiento ó queja hácia el hijo que ha llevado en sus entrañas cuando éste le dice:—«Estoy arrepentido. . . ¡Venid!»

Conrado y su esposa callaron. Conocian la generosidad de Adelaida y sabian que nada seria bastante á separarla de su propósito de ver y ayudar á su hijo.

Partió, pues; despues de dar á la Borgoña una tierna despedida; oró con sus hijos sobre los sepulcros de sus padres; derramó sobre ellos las postreras flores de una mañana de otoño; visitó á sus pobres, y se alejó de allí en el corazon lleno de dolor, entre cuyas tinieblas se hacia lugar el bello rayo de la esperanza.

Su tránsito para volver á Alemania la hizo ver hasta qué extremo era amada en ambos paises; en el que dejaba y en el que iba de nuevo á buscar.

Oton salió á su encuentro, y Teofanía, que en el fondo de su alma odiaba á su suegra, pero que no habia podido resistir abiertamente á la voluntad de su esposo, acompañó á éste.

Adelaida se arrojó deshecha en llanto en los brazos del Emperador; luego abrazó á su nieto con muestras de la más íntima ternura y tocó despues su parte á la rencorosa Emperatriz, cuya actitud sombría hubiera alarmado á una mujer ménos generosa que Adelaida.

Pero ésta, que á pesar de su penetrante talento era muy ignorante en punto á maldades, nada vió en la Emperatriz, sino la natural confusion de la persona injusta que reconoce su falta, y se esforzó en consolarla y hacerle ver con sus caricias que era para ella una verdadera y tierna madre.

Era la belleza de la griega Teofanía tan admirable, que habia encendido no pocas pasiones en los cortesanos en quiénes ella ensayaba el poder de sus encantos, pues su altivez, que no se veia nunca saciada de homenajes, los admitia, cuando eran de admiracion y de amor, desde el más alto y poderoso al más ínfimo vasallo.

Sólo era dura y esquiva con las mujeres, y en particular con aquellas que pensaba pudieran hacerle sombra, ya con el mérito de sus encantos, ya con el de su talento y gracias.

Mas la persona á quien sobre todo el género humano detestaba Teofanía, era su suegra, la Emperatriz Adelaida.

Aún conservaba esta augusta señora una deslumbradora belleza, la que unida á su admirable ingenio y al encanto de su carácter dulce, conciliador y generoso, le granjeaba todas las simpatías.

Aquel astro oscureció el brillo de Teofanía; los cortesanos, ambiciosos de medrar, se apartaron de

ella y rodearon á Adelaida formándole un lucido y brillante cortejo; cuanto más ahelaba ella retirarse y oscurecerse, más la asediaban los homenajes y los triunfos; toda aquella gente venal sabia muy bien que el Emperador habia resignado el mando supremo en las manos de su madre, y que esta vez era para siempre.

En efecto: Oton, cansado del peso de los negocios y anhelando las fatigas de la guerra y los ardientes cuidados del conquistador, se dispuso á salir contra los griegos que asolaban la Calabria, y quedó por tanto encargada su madre de la regencia del imperio.

Adelaida, al saber esta determinacion de su hijo, alzó los ojos al cielo ofreciéndole esta nueva y dolorosa prueba.

Hacia ya algunos dias que se hallaba afligida por que, á pesar de su voluntario apartamiento, habian llegado hasta ella siniestros rumores.

Se decia que Teofania tenia un amante.

Adelaida rechazó aquella suposicion como una infame calumnia; creia á la Emperatriz, voluntariosa, dominante, y áun dura de corazon como toda persona poseida de la ambicion; pero no infiel á su esposo, que era para ella el mejor y más generoso de los hombres.

Empero muy pronto vino la evidencia á colocarse ante los ojos de la noble Princesa, que lloró de todas veras el no poder ya dudar.

Teofania amaba, ó al ménos, sostenia relaciones criminales con uno de los principales señores del reino.

Adelaida la sorprendió en una de sus citas y la reprendió con alguna severidad; pero aquel noble y tierno corazon sentia más pesar y confusion que el de la misma persona á quien amonestaba.

—Hija mia, dijo á la Emperatriz con las mejillas cubiertas del color de la vergüenza; el amante más generoso y más noble vale siempre infinitamente ménos que el peor esposo; aquel no puede estimar á la mujer que falta á todos sus deberes, y el esposo le agradece que permanezca fiel á los suyos; el esposo ama á su mujer aunque los años ó una enfermedad le arrebatan su belleza; el amante deja de amarla asi que ha perdido sus gracias.

—No sé, señora. á qué vienen todas esas reflexiones, respondió Teofania con altivez; ¿de qué me acusais?

—Os acusa la voz pública de ser infiel á vuestro esposo.

—Veo, señora, repuso la Emperatriz con acerba sonrisa, que habeis dado una nueva forma al aborrecimiento que me profesais, y que, fuerza es decirlo, os pago en la misma moneda; no sabiendo qué hacer para perderme en el ánimo de vuestro hijo, recurrís á la calumnia.

—Jamás sabrá por mí Oton su dehonra, siempre

que enmendándoos procureis acallar á los maldicientes; pero si aprovechando la ocasion de alejarse el Emperador seguis dando ocasion á esos rumores que lastiman su honra, será forzoso que lo sepa; vivid con cautela y no corrais ciegamente al precipicio

—Cuidad de vos misma, señora, y dejadme cuidar de lo que me pertenece, respondió la Emperatriz; ya he salido de tutela, y sólo á mi esposo debo dar cuenta de mis acciones.

Teofania, dichas estas palabras, se separó de la madre de su esposo y fué á ver á éste, al que refirió llorando que habia tenido con ella un fuerte altercado por un motivo muy pequeño, y que no queria seguir viviendo á su lado.

—Me aborrece, añadió y he conocido que tarde ó temprano me perderá en vuestro ánimo, esposo mio.

—No lo temais, respondió Oton, es mi madre demasiado justa y demasiado generosa para no conservarme vuestro cariño, y creed que os ama casi lo mismo que á mí; además, Teofania, yo, al partir lejos de vos, no puedo dejaros todos los cuidados del imperio.

—¿Por qué no? preguntó la ambiciosa Teofania ¿no me creéis capaz de desempeñarlos? ¿Soy acaso tan nula á vuestros ojos?

—Sois muy jóven, Teofania, creedme; ocupáos

solamente en ser dichosa, y dejad los graves cuidados del imperio á mi querida y buena madre.

Pocos dias despues de esta conversacion, el Emperador salió al frente de su ejército.

La despedida de su familia fué llena de ternura: Oton no debia volver de aquel viaje, y su corazón leal y generoso parecia avisárselo.

Abrazo repetidas veces á su madre derramando lágrimas; abrazó á su esposa y á su hijo y los recomendó á su madre, así como la felicidad del imperio.

Adelaida sintió tan agudo dolor con aquella despedida, que su salud se quebrantó visiblemente, y la rindió una larga y peligrosa enfermedad.

Cuando volvió á la vida real, la esperaba la más aguda de las penas que podia experimentar despues de la marcha de su hijo.

La Emperatriz, desafiando todas las conveniencias del decoro y de la dignidad de su alto rango, hacia casi público alarde de sus amores, y se preparó á hacer sufrir á su suegra toda clase de ultrajes y humillaciones.

Empezó por hablarle con dureza y por contradecir todos sus deseos casi directamente; su ódio estaba escrito en todas sus acciones y en todas sus palabras con imborrables caractéres.

Desde luego se propuso comer sola con su hijo, á quien apenas veia Adelaida, siendo esta privacion la



que más le costaba tolerar, pues amaba apasionadamente al jóven Oton.

Teofanía ansiaba además separar de la madre de su esposo todas las simpatías, y daba fiestas, á las que convidaba á la nobleza; pero todos sus esfuerzos eran vanos y todas las personas verdaderamente virtuosas, que se hallaban en la córte, amaban á Adelaida, que sólo procuraba escusar á Teofanía de sus sinrazones con su poca edad é inexperiencia.

La publicidad del extravío en que habia caído la Emperatriz crecia cada dia más, y Adelaida llegó á temer que aquellos rumores llegasen á oídos de su hijo, cuyo carácter violento é intransigente en materias de honor le era bien conocido.

Llamó, pues, al amante de Teofanía y le amonestó con cordura acerca del peligro á que se exponía, exponiendo al mismo tiempo á la Emperatriz.

Pero toda aquella cordura, prudencia y bondad fueron desatendidas; aquel hombre ambicioso pareció escuchar con reconocimiento las razones de Adelaida; pero así que salió de su presencia, fué á contar á Teofanía todo lo sucedido.

—Es un testigo importuno del que debemos des-  
embarazarnos, contestó la Emperatriz.

—¡Un crimen! exclamó aterrado el amante, que todo lo temia del carácter violento y apasionado de Teofanía.

—No, respondió ella; los rastros de un crimen no

podrian quedar ocultos á los ojos de su hijo Enrique, que no se separa de ella y que la vengaria cruelmente; no es necesario un crimen; pero en el terreno doméstico y privado la haré sufrir de modo que se aleje de nosotros y nos libre de su importuna presencia.

Pero fueron inútiles todos los medios que para el efecto apetecido puso en práctica la Emperatriz.

Adelaida oponia mayor mansedumbre cuanto eran más odiosos los tratamientos que experimentaba, y mayor paciencia cuanto eran más graves las vejaciones que se le imponian; su habitual dulzura no se alteraba jamás; pero no cesaba de aconsejar y reprehender á los culpables, que se enojaban más y más contra ella cuanto más fundamento y causa tenian sus reprensiones.

Adelaida soportó con la más heróica mansedumbre todos los insultos, todos los dieterios con que trataba de abrumarla. Teofanía no desperdiciaba ocasion de herirla en público y su lenguaje era siempre el más acerbo é insultante.

Adelaida la respondia con dulzura, prevenia todos sus gustos, la colmaba de cariños; más por órden suya se habia quitado á los dos amantes todo medio de comunicacion y era imposible que se viesen porque los espías y servidores de la Emperatriz madre se lo estorbaban en todas partes y de todos modos.